

De Ulrico y Hafis los reales
A la lucha prontos se hallan;
De gris y azul, cual cristianos,
Los míos contra ellos marchan.

GOETHE.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

I.

VIAJE DE MUNICH Á GÉNOVA.





**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

No contasteis jamás con un alma noble,
y por tanto hoy fracasa vuestra previsión.
(Abre su mesa-escritorio, saca dos pistolas,
deja sobre ella una y carga la otra.)

ROBERT. «Poder de las conveniencias» (1).

(1) *Macht der Verhältnisse*, drama.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPÍTULO PRIMERO.

Soy el hombre más cortés de la tierra. Puedo envanecerme de no haber sido nunca grosero en este mundo, donde existe tanto bellaco insoportable que le asedia á uno refiriéndole sus penas ó declamándole sus versos. Siempre he escuchado tranquilo, con verdadera paciencia cristiana, tales miserias, sin que un solo gesto delatara el hastío de mi alma. Como un penitente Brahman que entrega su cuerpo á la voracidad de los gusanos, para que se sacien también estas criaturas de Dios, he sido víctima con frecuencia, durante días enteros, de las más crueles sabandijas humanas; he escuchado con calma, y mis internos suspiros sólo eran perceptibles para Aquél que recompensa la virtud.

Pero hasta el arte de vivir nos manda ser corteses, no guardar enojoso silencio, ni replicar con mal humor, cuando un esponjoso consejero de comercio ó un seco vendedor de queso se sienta á nuestro lado, y comienza una conversación, generalmente europea, con las palabras: «Hoy hace un hermoso día.» Quién sabe si volverá uno á encontrarse con semejante filisteo, y si acaso le hará pasar un mal rato, por no haberle respondido

cortesmente: «Hace un hermoso tiempo.» Hasta puede ocurrir, querido lector, que vayas á sentarte, en Cassel, á la mesa redonda, junto al dicho filisteo, quizá á su izquierda, y sea él precisamente quien tiene ante sí la fuente de las carpas en escabeche y las reparte con aire placentero;—que tenga entonces contigo algún antiguo pique—hará dar la vuelta al plato siempre hacia la derecha, y no quedará para tí el más pequeño trocito de cola; porque ¡ay! serás el número trece á la mesa, lo cual es siempre arriesgado, cuando se sienta uno á la izquierda del que trincha, y el plato da la vuelta por la derecha. Y es una gran desgracia que no le llegue á uno una pizca de carpa; quizá la mayor que puede ocurrirle después de la pérdida de la escarapela nacional. Todavía el filisteo que te prepara este disgusto, se burla de tí por contera, ofreciéndote los laureles que han quedado flotando en la obscura salsa.—¡Ah! ¡de qué sirven los laureles todos, cuando no llevan consigo carpa alguna! Mas el filisteo guiña los ojillos, se ríe á cada paso, y murmura: «Hoy hace un hermoso día.»

¡Oh, alma querida, hasta puede ocurrir que vayas á descansar en algún cementerio al lado del mismo filisteo, y cuando oigas sonar la trompeta en el día del juicio final y digas á tu vecino: «Buen amigo, tenga usted la bondad de darme la mano, para que pueda levantarme, que se me ha dormido la pierna izquierda de estar tanto tiempo en esta condenada postura»—repara de pronto en la bien conocida sonrisa del filisteo y le oigas decir con acento burlón: «¡Hoy hace un hermoso día!»

CAPÍTULO II.

«¡Hoy hace un hermoso día!»

Si hubieras oído, querido lector, el tono inimitable de bajo falsete con que estas palabras fueron pronunciadas, si vieras también al que las emitía, su rostro archi-prosaico de caja de viudas, sus ojillos llenos de maliciosa necedad, su nariz remangada y astuta, reconocieras al punto que no había brotado esta flor en vulgar arena, y que estos acentos son de la lengua de Charlottenburgo donde se habla el berlinés mejor aún que en el mismo Berlín.

Soy el hombre más cortés, gusto de las carpas en escabeche, creo á veces en la resurrección, y contesté:—«En efecto, hace un tiempo muy hermoso.»

Así que el hijo del Spree hubo roto el fuego en la dicha forma, cargó vivamente contra mí, y ya no hubo medio de librarne de sus preguntas, á que él mismo contestaba, y especialmente de sus paralelos entre Berlín y Munich, la nueva Atenas, en la que no dejó títere con cabeza (1).

(1) En este punto la versión francesa suprime seis páginas del original, que constituyen el resto de este capítulo, y pasa al principio del tercero, que se convierte en segundo en ella.

Mas yo tomé con calor su defensa, porque debo siempre alabar el lugar en que me encuentro. Que esta vez lo hiciera á costa de Berlín, gustoso me lo perdonarás, lector querido, si, por bajo de cuerda, te confieso que lo hice á lo más por pura política; pues sé que tan luego como empiezo á alabar á mis buenos berlineses, acaba entre ellos mi gloria, se encogen de hombros y murmuran para sí: — Por más que nos alaba, el hombre vale poca cosa.

Ninguna ciudad tiene menos espíritu local que Berlín. Millares de miserables escritores la han celebrado en prosa y verso, y ningún gallo ha cacareado en Berlín, ni se les ha cocido en recompensa ninguna gallina, antes bien, se les ha seguido teniendo bajo los tilos por miserables poetas; pero tampoco se ha hecho el menor caso de él cuando algún poetastro la ha emprendido contra Berlín. ¡Que se atreviera alguien á escribir cosa injuriosa contra Polkwitz, Insbruck, Schilda, Posen, Krähwinkel y otras capitales, vería como estallaba su respectivo patriotismo (1).

Y la razón de esto es, que Berlín no es una ciudad, sino que Berlín da meramente el lugar donde se reúne una multitud de hombres, entre los cuales hay seguramente muchos de genio, pero á los que el lugar es indi-

(1) Estas poblaciones no son grandes capitales, ni mucho menos, y hasta alguna de ellas, como Krähwinkel es víctima de todas las chanzonetas de Alemania, á la manera de Móstoles con su célebre órgano, Batuecas y otras entre nosotros.

ferente de todo punto; y éstos son los que forman el Berlín ilustrado. El forastero que la recorre no ve más que largas hileras de uniformes casas, largas y espaciosas calles tiradas á cordel, y las más veces construídas según el capricho de cada uno, que no dan idea alguna de la manera de pensar de la mayoría. Sólo algunos afortunados logran adivinar algo del pensamiento individual de sus moradores, al contemplar las largas series de casas que, como los hombres, se esfuerzan por mantenerse á distancia, irguiéndose animadas de mutua aversión.

Sólo una vez, una noche de luna en que volvía algo tarde, tambaleándome al peso del alcohol (1), vi que aquella disposición hostil se había resuelto en una dulce melancolía, y que las casas que con tal ceño se miraban mutuamente, se contemplaban con emoción cristiana, é inclinándose, querían reconciliarse y precipitarse unas en brazos de otras; de modo que yo, pobre de mí, que iba por medio de la calle, temía ser magullado. Muchos encuentran risible este temor, y aun yo mismo me reí de él cuando á la mañana siguiente me paseé, con la vista ya clara, por aquella misma calle, y las calles bostezaban de nuevo tan prosaicamente unas frente á otras.

Se necesitan, en verdad, muchas botellas de poesía para ver en Berlín otra cosa que edificios muertos y berlineses. Aquí es difícil ver aparecidos. La ciudad contiene tan poca arqueología, ¡es tan nueva, y lo nuevo tan viejo, tan marchito, tan amortiguado! Pues, como

(1) Von Lutter und Wegener (Wügener).

dicho queda, en su mayor parte no ha nacido del pensamiento de la masa, sino del de algunos.

El gran Federico es seguramente entre estos pocos el principal; lo que él encontró no era más que un cimiento firme, él dió á la ciudad su carácter propio, y cual si desde su muerte nada más en ella se hubiese erigido, continuó siendo un monumento histórico del genio de aquel héroe de extraño prosaismo, cuya refinada insípidez y brillante libertad de espíritu, acabara de desarrollar en toda su gallardía alemana la superficialidad y la pedantería de su tiempo.

Potsdam, por ejemplo, aparece á nuestros ojos como un monumento de esta clase; nos paseamos á lo largo de sus desiertas calles como por las páginas de las olvidadas obras del filósofo de *Sans-souci*; pertenece á sus *œuvres posthumes*, y aunque ya no es más que un viejo libro de piedra que contiene bastantes cosas risibles, le contemplamos con serio interés, y reprimimos de cuando en cuando las ganas de reir que cada vez con más fuerza nos acometen, como si temiéramos recibir de pronto en la espalda un golpe, dado con el junquillo del viejo Federico. Pero jamás nos asalta en Berlín semejante miedo, porque tenemos la convicción de que allí no tienen ya poder alguno el viejo Fritz (1) ni su junquillo (2); pues

(1) Abreviación familiar de Federico. Se refiere, sin duda, al gran Federico II de Prusia.

(2) No es flojo el bastón con que suele representarse á este señor, pero Heine le llama *spanische Röhrechen* (lit.: cañita española), esto es: junquillo.

de otro modo no se asomarian á las ventanas llenas de luz de la saludable ciudad de la sensatez, como espantados, tantos enfermizos semblantes obscurantistas, ni se hubieran escondido entre las viejas casas filosófico-escépticas tantos absurdos y supersticiosos edificios.

Pero no quiero ser mal comprendido, y advertiré francamente que no zahiero en modo alguno á la nueva iglesia de Werder, cuyo gótico domo en miniatura parece colocado irónicamente entre los edificios modernos, para mostrar de alegórico modo cuán pueril y necio sería querer resucitar bajo las nuevas formas de la época moderna instituciones de la Edad Media que tanto tiempo hace tocaron en su ocaso.

Lo anteriormente expuesto se refiere puramente al aspecto exterior de Berlín, y si en este sentido quisiera compararse á Munich con él, con razón podría afirmarse que éste forma completo contraste con Berlín. Munich es una ciudad edificada por el pueblo mismo, y seguramente por generaciones sucesivas, cuyo espíritu es siempre visible en sus edificios, de modo que en ella, como en la escena de las brujas de Macbeth, se ve una serie cronológica de espíritus, desde el espíritu rojo sombrío de la Edad Media, que surge armado de punta en blanco de las góticas puertas del templo, hasta el espíritu culto y lúcido de nuestra propia edad, que nos presenta un espejo en el que todos se miran con placer. En esta misma serie de capas descansa precisamente la conciliación: la bárbara ya no nos subleva, y la insulsa no nos hiere, si las consideramos como un comienzo y una transición necesaria. Nos

ponemos serios, pero no tristes, al mirar aquel bárbaro domo que continúa elevándose por encima de toda la ciudad, en forma de calzador, y que alberga en su cima la sombra y los fantasmas de la Edad Média.

Con bien poca tristeza, antes bien con burlona calma, contemplamos los disparatados castillos de los últimos períodos, los toscos remedos del brillante y contranatural gusto francés, la insipidez de esas pomposas construcciones, todo volutas por fuera y por dentro profusamente decoradas con chillonas y abigarradas alegorías, dorados arabescos, estucados y aquellas figuras con que las ya muertas residencias señoriales están adornadas: los caballeros de abotargados y estúpidos semblantes, sobre los que caen las largas pelucas á manera de empolvadas melenas de león; las damas con sus tiesos tupés y sus corsés acerados, que acordonan su corazón, y su disforme guarda-infante, que las hace tanto más prosaicas con su excesivo volumen.

Como digo, este espectáculo no nos perturba, más bien nos atrae, para hacernos sentir con más viveza, el presente y su valor real; y cuando contemplamos las obras nuevas que se levantan entre las antiguas, parece como si nos quitaran una pesada peluca de la cabeza y se librara el corazón de una férrea cadena. Me refiero aquí á los serenos templos del arte y á los nobles palacios, que en atrevida abundancia brotan del genio del gran maestro Klenze.

CAPÍTULO III.

Pero, dicho sea entre nosotros, es algo ridículo llamar á toda la ciudad una nueva Atenas, y es cosa que me cuesta mucho trabajo el tener que defenderla en este sentido. Me convencí profundamente de ello en el diálogo que mantuve con el filisteo berlinés, quien, aun después de largo rato de discusión, fué lo bastante descortés para echar de menos en la nueva Atenas todo género de sal ática.

—Ésa — exclamó en voz bastante alta — sólo la hay en Berlín. Solamente allí hay ingenio é ironía. Aquí habrá buena cerveza blanca, pero seguramente no hay ironía.

—No tenemos ironía — exclamó Nannerl, la esbelta botillera, que en aquel momento cruzaba como un ave; — pero puedo servir á usted cualquiera otra cerveza.

Me hizo mucho daño el que Nannerl hubiera tomado la ironía por una especie de cerveza, quizá por la mejor de Stettin, y para que, al menos en adelante, no se volviese á ver en semejante descubierto, comencé á alleccionarla del siguiente modo.

—Bella Nannerl, la ironía no es ninguna cerveza, sino una invención de los berlineses, que son las gentes

más despaviladas del mundo, y tan pesarasas estaban de haber venido á él demasiado tarde para poder inventar la pólvora, que por lo mismo trataron de hacer un descubrimiento igualmente importante y, al mismo tiempo, muy útil á los que no han inventado la pólvora. En otro tiempo, querida niña, cuando uno llevaba á cabo una necesidad, ¿qué se había de hacer? Lo ocurrido, ocurrido quedaba, y las gentes decían: «¡El pobre hombre es un bestia!» Pero esto era desagradable, y en Berlín, donde la gente es muy lista y, no obstante, se cometen las mayores necesidades, el desagrado que se sentía era profundísimo. El Ministerio (1) decidió, por tanto, dictar serias medidas: únicamente las grandes tonterías podrían imprimirse, las pequeñas serían sólo permitidas en la conversación, concediéndose únicamente este permiso á los profesores y altos funcionarios del Estado, pues las genticillas sólo podrían emitir en secreto sus necesidades. Pero (2) de nada sirvieron todas estas precauciones; las comprimidas estupideces salían á flote con mayor fuerza en circunstancias solemnes, porque hasta fueron secretamente protegidas en las altas esferas, y se elevaban públicamente desde las bajas. El apuro era grande, hasta que, por fin, se encontró un medio retroactivo, por el cual se podía deshacer, por decirlo así, toda necesidad escapada, y hasta convertirla en cosa razonable. Este medio es sencillísimo, y consiste en declarar que la

(1) En la versión francesa: *El Ministerio de Instrucción pública.*

(2) La versión francesa añade: *desgraciadamente.*

necesidad se ha hecho ó dicho sólo por ironía. Así, querida niña, todo adelanta en este mundo: la necesidad se convierte en ironía, la baja adulación fallida en sátira (1), la tosquedad natural en refinada burla, la locura real en humorismo, la ignorancia en brillante ingenio, y hasta tú vendrás á ser la Aspasia de la nueva Atenas.

Más le hubiera dicho aún, pero la bella Nannerl, á quien retenía entretanto por el extremo del delantal, se desprendió violentamente al oír que por todas partes gritaban tumultuosamente: «¡Eh, cerveza, cerveza!» Pero el berlinés parecía la ironía personificada (2), al contemplar con qué entusiasmo eran recibidos los talludos y espumantes vasos; y, señalándome un grupo de bebedores que saboreaban con delicia el néctar de lúpulo, y disputaban cerca de su excelencia, me dijo sonriendo: ¿Y éstos quieren ser atenienses?

Las observaciones que en esta ocasión ensartó el hombre me hicieron naturalmente mal efecto, puesto

(1) La versión francesa dice: *la flagornerie, manquée satire*, esto es: *la chismografía en sátira fallida*, cuando la frase del original es: *verfehlte speichelleckerei wird Satire*, donde la *fallida* es la *adulación*; pero ¿qué adulación! la más baja (*speichel*, saliva, y *lecker*, el que lame), para expresar la cual es muy floja palabra *flagornerie*. Tal vez en la versión francesa está mal colocada la coma.

(2) También este inciso está mal entendido en la versión francesa, que traduce: *Quant au Berlinois, il avait l'air de l'ironie, même en considérant*, etc.; cuando el original dice: *sah aus wie die Ironie selbst*, parecía la ironía misma. Hasta los *Gläser* (vasos de cristal) se han convertido al pasar al francés en *grands pots*.

que no es una predilección así como se quiera la que siento hacia nuestra nueva Atenas, y por tanto, me esforcé en dar á entender al crítico taravilla, que hacia muy poco se nos ocurriera la idea de erigirnos en nuevos atenienses; que apenas éramos más que noveles principiantes, y que nuestros grandes ingenios y aun nuestro cultísimo público no se hallaban todavía en condiciones de dejarse ver de cerca.—Todo está aún en mantillas, aun no estamos completos.

—Querido amigo—añadí—sólo están cubiertos los puestos de última fila, pues no se le habrá escapado que no carecemos, por ejemplo, de buhos, sicofantas y Frinés. Lo que nos falta es el alto personal, y algunos individuos tiénen que desempeñar á la vez varios papeles. Por ejemplo, nuestro poeta, que canta el tierno amor griego de los jóvenes (1), ha tenido también que encargarse de la insolencia aristofanesca; pero él puede hacerlo todo, él tiene cuanto necesita un gran poeta, quizá excepto fantasía é ingenio, y, si tuviera mucho dinero, sería hombre rico. Pero lo que nos falta en cantidad lo compensamos con la cualidad. No tenemos más que un gran escultor, pero éste es un «¡León!» No tenemos más que un gran orador, pero convencido estoy de que Demóstenes no hubiera tronado tan bien como él en Ática contra la carestía de la malta (2). Si aun no he-

(1) Alude al Conde de Platen, á quien más adelante da soberbia paliza.

(2) *Heces de cebada*, que han servido para hacer cerveza. La versión francesa dice: *sur l'impôt de la drêche en l'Attique*,

mos envenenado á ningún Sócrates, no es en verdad lo que nos falta el veneno. Y si no poseemos aún un *demos* propiamente tal, un pueblo entero de demagogos, podemos obsequiarle con un ejemplar de lujo de esta especie, con un demagogo de profesión que vale él solo por todo un *demos*, y con toda una cáfila de charlatanes, papamoscas, poltrones y otros harapientos canallas análogos..... Pero, ¡véale usted en persona!

No puedo resistir á la tentación de dibujar con rasgos más precisos el ente que se nos aparece en este momento. Si puede con razón afirmarse de él que su cabeza tiene algo de humana, y si es lícito en derecho, por tanto, considerarle como hombre, cosa es que no me atrevo á decidir. Yo consideraría más bien esta cabeza como de un mono; sólo por cortesía la hago pasar por humana. Su tocado consistía en un gorro de paño, de forma parecida al yelmo de Mambrino, y sus crespos y negros cabellos le colgaban en melena por detrás, al paso que por delante los partía una raya infantil.

Sobre la parte anterior de la cabeza, que presumía de ser una cara, la diosa de la vulgaridad había impreso su sello, pero con tal fuerza, que la nariz, que se encontraba en ella había sido casi aplastada; sus ojos bajos parecían buscarla en vano, y como si estuvieran en-

pero *Aufschlag*, literalmente, *golpe hacia arriba*, indica aquí *subida, encarecimiento*, y es la verdadera expresión de la idea satírica, de la defensa del alimento, por más que el impuesto también pudiera ser la causa de la carestía; pero si hubiera querido decir *impuesto* hubiera empleado *Malzschützung* y no *Malzaufschlag*.

tristecidos por no encontrarla; una mal oliente sonrisa jugaba en torno de su boca, que era muy graciosa, y que por cierta notable semejanza podía inspirar á nuestro poetastro las más tiernas gacelas (1).

Su traje consistía en un sayo teutónico, si bien ya algo modificado, con arreglo á las más imperiosas exigencias de la moderna civilización europea, pero su corte seguía recordando al que llevó Armin en la selva de Teutoburgo, cuya forma primitiva se ha conservado en una patriótica sociedad de sastres, tan tradicional y misteriosamente como un día la arquitectura gótica en una de místicos masones. Un almidonado jirón que contrastaba de un modo profundamente significativo con el desnudo y teutónico cuello, cubría el escote del famoso sayo, fuera de cuyas largas mangas pendían unas largas y sucias manos, entre éstas se mostraba un larguirucho cuerpo, al que bamboleaban á su vez dos cortas piernecillas.....; su continente todo era la más risible (2) parodia del Apolo de Belvedere.

—Y ¿es ese el demagogo de la nueva Atenas—preguntó riendo burlonamente el berlinés? ¡Vive Dios, si es un compatriota mío! Apenas doy crédito á mis corporales ojos!..... Sí, es él, seguramente; él, que..... ¡Es posible! (3).

(1) Poesías, á imitación de la literatura persa. Este último inciso falta en la versión francesa.

(2) *Katzenjammerliche*, esto es, como *algarabía de gatos*.

(3) Este párrafo está en dialecto berlinés, para dar idea de cuya pronunciación escribe: *jute Jott* en vez de *gute Gott*, etc.

—Si, cegados berlineses—dije, no sin cierto fuego—vosotros desconocéis vuestros genios nacionales, y lapidáis vuestros profetas. Mas nosotros sabemos utilizarlo todo.

—Y ¿en qué podéis serviros de esa desdichada mosca?

—Se le puede emplear en todo aquello en que se necesite saltar, arrastrarse, ser sensible, voraz, piadoso, mucha teutomanía, poco latín y ningún griego. Salta realmente muy bien por encima de la barra; hace tablas de todos los saltos posibles y catálogos de todas las variantes imaginables de las antiguas poesías alemanas. Además, representa el amor patrio, sin ser peligroso en lo más mínimo; pues es cosa perfectamente sabida que se retiró á tiempo de los demagogos teutómanos, entre los que un día se hallara por casualidad, así que su causa empezó á ofrecer algún peligro, y dejó, por tanto, de estar conforme con los cristianos sentimientos de su tierno corazón. Pero tan luego como el peligro pasó, los mártires sufrieron por sus opiniones, renunciando á ellas casi todos espontáneamente, y hasta nuestros más fogosos barberos se despojaron de su teutónico sayo, comenzó época floreciente de nuestro prudente salvador de la patria; él solo lleva todavía el demagógico traje y conserva la imprescindible jerga; sigue ensalzando al cherusco Armin y á su esposa Thusnelda, como si él fuera su blondo descendiente; sigue abrigando su odio de patriota germánico contra la Babilonia italiana (1), contra la

(1) La versión francesa dice: *contre la Babylone française* pero el original consigna: *welsches Babelthum*.

invención del jabón, contra la pagana gramática griega de Thiersch, contra Quintilio Varo, contra los guantes y contra todos los hombres que tienen una nariz decente. Ahí está cual errante monumento de una época ya pasada, y cual el último Mohicano es también el último resto de toda una horda intrépida (1), el último demagogo.

Ve usted, pues, que en la nueva Atenas, donde aun estamos completamente faltos de demagogos, podemos utilizar este hombre; tenemos en él un demagogo muy bueno, que al mismo tiempo es tan manso que lame cualquier escudilla (2), y come en la mano avellanas, castañas, queso, salchicha, en fin, devora todo cuanto se le da; y como ahora es único en su especie, hasta tenemos la ventaja especial de que, más tarde, cuando se muera, le podemos hacer rellenar, conservando á la posteridad, con su piel y sus cabellos, al último demagogo.

Ruego á usted, por lo tanto, que no diga nada al profesor Lichtenstein de Berlin, pues acaso le haría reclamar para el museo zoológico, lo que podía dar ocasión á una guerra entre Prusia y Baviera, porque de ningún modo hemos de entregarle. Ya le han echado el ojo los ingleses y han ofrecido por él dos mil setecientas setenta y siete guineas (3); ya los austriacos le han querido cam-

(1) *Thatkräftigen*; la versión francesa dice: *sauvage et saugrenue*.

(2) *Speichelnapf*, escupidera.

(3) En la versión francesa sube de precio hasta 7.777; en alemán sólo son: *zweitausend*, dos mil.....

biar por la girafa; pero nuestro Ministerio creo que ha manifestado: el último demagogo no será cedido por ningún precio, un día será el orgullo de nuestro gabinete de historia natural y el ornamento de nuestra ciudad (1).

El berlinés parecía escucharme algo distraidamente; más bellos objetos habían cautivado su atención, hasta que al fin me interrumpió con estas palabras:—Perdone usted que le interrumpa; pero dígame: ¿qué diablo de perro es aquél que va allí corriendo?

—Ese es otro perro.

—¡Ah! no me entiende usted; me refiero á aquel perrazo de lanas blancas y sin cola.

—¡Oh, caballero! ese es el perro del nuevo Alcibiades.

—Pero—observó el berlinés—dígame usted, ¿y dónde está ese nuevo Alcibiades?

—Hablando ingenuamente—contesté—ese puesto no está provisto todavía, y no tenemos más que el perro.

(1) No nos atrevemos á determinar el nombre de este personaje, pero sin duda es uno de los poetas políticos militantes de que hablamos en el prólogo.

CAPÍTULO IV.

El lugar en que esta conversación se verificaba se llama Bogenhausen ó Neuburghausen, ó *villa* Hompesch, ó jardín de Montgelas, ó el Schlössel, ni siquiera es preciso nombrarle cuando quiere uno que le lleven á él, pues el cochero nos comprende á cierto imperceptible guiño de ojos, á cierto movimiento satisfecho de cabeza ú otro análogo gesto de indicación. El árabe tiene mil palabras para expresar la espada, el francés para el amor, el inglés para la horca, el alemán para la acción de beber, y el nuevo ateniense para los lugares en donde bebe. En este sitio la cerveza es realmente muy buena, no la hay mejor en el Pritáneo, vulgo Bockkeller, y tiene un gusto soberano, sobre todo en aquella terraza en forma de gradería, desde donde se ven de frente los Alpes del Tirol. Allí me sentaba yo con frecuencia el pasado invierno, y contemplaba las montañas cubiertas de nieve, que al brillar á los rayos del sol parecían fundidas en plata pura.

Era entonces también invierno en mi alma; pensamientos y sentimientos estaban como sepultados en la nieve; tan decaído, tan muerto estaba de ánimo, á lo

que contribuía la deplorable política, la tristeza de la pérdida de una niña adorada, un antiguo dejo de tristeza y el constipado. Fuera de esto, bebía yo mucha cerveza, porque me aseguraban que aligeraba la sangre; pero la mejor *breihahn*, ática no podía hacerme efecto alguno, porque me había acostumbrado al *porter* en Inglaterra (1).

Por fin llegó el día en que todo cambió por completo; el sol rompió impetuosamente las nubes y abrevó la tierra, ese viejo niño, con la leche de sus rayos; las montañas se estremecieron de alegría, y corrieron en abundancia sus lágrimas de nieve; crujieron y se rompieron las cubiertas de hielo de los lagos; abrió la tierra sus azules ojos, de su seno brotaron las flores amantes y los bosques sonoros, verdes palacios de los ruiseñores: la Naturaleza toda sonrió, y esta sonrisa se llama la primavera.

Entonces una nueva primavera comenzó también en mí; nuevas flores abrieron sus botoncillos en mi corazón, sentimientos de libertad brotaron como rosas, y secretos deseos, como tempranas violetas, entre las que no faltaba seguramente alguna inútil ortiga. Sobre la tumba

(1) *Breihahn*, ó *Broiahn*, que de ambas maneras se ve escrito (literalmente: *cebo de pollo*), es una especie de cerveza blanca de trigo y cebada; y el *porter* otra cerveza fuerte, muy usada en Londres, negra de color, y llamada así, de *porter*, *portador*, *mozo de cuerda*, sin duda porque se necesita un paladar digno de uno de estos individuos para poder atravesarla; como aquí llamamos *coraceros* á ciertas tagarninas.

de mis deseos extendió de nuevo la esperanza su apacible verdor, volvieron las melodías poéticas, cual las aves de paso que, después de haber invernado en el cálido Mediodía, vuelven á visitar el abandonado nido del Norte, y el abandonado corazón del Norte resuena y florece como en otro tiempo.....; solamente yo ignoro cómo ocurrió todo esto.

¿Fué un sol moreno ó un sol rubio el que volvió á despertar en mi pecho la primavera, el que despertó con sus besos todas las flores en el adormecidas, é hizo con sus sonrisas que volvieran á cantar en él los ruiseñores? ¿Fué la misma Naturaleza la que por afinidad electiva buscó en mi pecho su eco y se miró gustosa en su espejo con sus nuevas galas primaverales?

Yo no lo sé; pero creo que en la terraza de Bogenhausen, á la vista de los Alpes tiroleses, sintió mi corazón un nuevo encanto. Cuando iba allí á sentarme pensativo, parecíame á veces que por encima de aquellas montañas veía un admirable rostro juvenil que espiaba, y entonces deseaba tener alas para volar á Italia, al país en que residía. Me sentía embriagado á veces por el aroma de los limoneros y los naranjos, que á oleadas descendía de los montes, acariciando y prometiendo para atraerme hacia Italia. Hasta una tarde, á los dorados rayos del crepúsculo, vi sobre la cima de uno de los Alpes, clara y distintamente, radiante de vida, al joven dios de la primavera, la alegre cabeza coronada de flores y laureles, que con risueños ojos y abriendo como una flor su boca, exclamó: ¡Yo te amo, ven á mi seno, á Italia!

CAPÍTULO V.

Sin duda debió brillar en mis ojos cierta ansiedad, cuando, desesperado con la interminable conversación del filisteo, dirigí la vista hacia las bellas montañas del Tirol y lancé un profundo suspiro. Pero mi filisteo berlinés tomó precisamente esta mirada y este suspiro como nuevo asunto de conversación, y suspiró á su vez:— «¡ Ah, sí, también quisiera yo estar ahora en Constantinopla! ¡ Ah! ver Constantinopla fué siempre el único deseo de mi vida, y á estas horas ¡ ay! seguramente ya han entrado en ella los rusos! ¿ Ha visto usted San Petersburgo? » Le dije que no, y le supliqué me hablase acerca de dicha ciudad; pero no era él, sino su cuñado, el consejero de justicia quien había estado en ella el verano anterior: debía ser una ciudad excepcional.— « ¿ Ha visto usted Copenhague? » Y como también contestase á esta pregunta negativamente, exigiéndole una descripción de esta ciudad, sonrió ladinamente, moviendo á un lado y á otro la cabeza con aire satisfecho, y me aseguró, bajo palabra de honor, que no podría formarme idea de ella si no iba á verla en persona.— « Eso—repliqué—no está ahora en mi mano, pues voy á emprender

otro viaje que he proyectado esta primavera: voy á partir para Italia.»

Apenas hubo el hombre escuchado esta palabra, saltó repentinamente de la silla, y giró tres veces sobre un pie, cantando: «¡*Tirili! ¡tirili! ¡tirili!*!»

Esto fué para mí el último espolazo.—¡Mañana mismo parto!—decidí en aquel momento. No más demora; quiero ver, cuanto antes sea posible, un país que puede extasiar de tal manera al más insensible de los filisteos, que á su sola mención se pone á cantar como una codorniz.

Mientras me ocupaba en casa en hacer mi maleta, el tono de aquel *¡tirili!* sonaba continuamente en mi oído, y mi hermano Maximiliano Heine, que al otro día me acompañó hasta el Tirol, no podía comprender por qué no hablé en todo el camino una palabra sensata y *tirilizaba* continuamente.

CAPITULO VI.

¡Tirili! ¡tirili! yo vivo, yo siento el dulce dolor de la existencia; siento todas las alegrías y las penas del mundo; sufro por la salud de la humanidad entera; expío sus pecados, pero también me aprovecho de ellos.

Y no sólo simpatizo con los hombres, sino también con las plantas, cuyas mil verdes lenguas me refieren amorosísimas historias, pues saben que no tengo humano orgullo, y lo mismo converso gustoso con las más humildes florecillas de la pradera que con los abetos más altos. ¡Ah! ¡bien sé lo que pasa á semejantes abetos! De lo profundo del valle elévanse hacia el cielo, y sobrepujan casi á las más atrevidas cumbres de las rocas. Pero ¡cuánto dura esta grandeza? A lo más, un par de miserables siglos, tras los que crujendo se derrumban agobiados por la vejez y se pudren en el suelo. Por la noche salen los maliciosos buhos de las quebraduras de las rocas, y se burlan de ellos por añadidura, gritando: «¡Ved, oh fuertes abetos, que creiais poder medirlos con las montañas; ahora yacéis allá abajo destrozados, en tanto que ellas siguen inmóviles y erguidas!»

Un águila que se posa sobre su querida roca solitaria

debe sentir mucha compasión al escuchar semejante burla. Piensa sin duda en su propio destino. Aun no sabe á qué profundidad irá un día á caer. Pero las estrellas centellean de un modo tan tranquilizador, las aguas del bosque susurran tan consoladoramente, y la propia alma domina tan altiva todos los pusilánimes pensamientos, que pronto los olvida de nuevo. Sale el sol, y vuelve á sentirse como siempre; se remonta volando hacia él, y cuando está suficientemente elevada, le canta sus goces y sus penas. Sus cofrades los animales, y en especial el hombre, creen que el águila no puede cantar, y no saben que canta solamente cuando está fuera de su alcance, y que, en su orgullo, sólo quiere ser por el sol escuchada.

Y tiene razón; pudiera ocurrírsele á alguno de la emplumada familia publicar aquí abajo un juicio de su canto, y sé por propia experiencia lo que dicen tales críticas. La gallina se yergue sobre una de sus patas y cacarea:—El cantor no tiene inspiración. El pavo cloquea:—Le falta verdadero entusiasmo. La paloma arrulla:—No conoce el verdadero amor. El ganso grazna:—No es instruído. El capón chilla:—No es moral. El frailecillo gorjea:—Carece de religión. El gorrión pía:—No es bastante fecundo. Y abubillas, maricas, buhos, todo grazna, gime y tartajea. Sólo el ruiseñor deja de tomar parte en esta crítica; indiferente al resto del mundo, su único pensamiento es la purpúrea rosa, y su único canto para ella; revolotea anhelante en torno suyo, y se precipita en su entusiasmo sobre las amadas espinas, vierte sangre y canta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO VII (1).

Hay en la patria alemana un águila cuyo himno al sol con tal poder resuena, que aquí abajo se oye y hasta los ruiseñores le escuchan, pese á sus melódicos dolores. Eres tú, Carlos Immerman, y en tí pensaba á cada momento en el país que tan bellamente cantaste. ¿Cómo habría de atravesar el Tirol, sin pensar en tu *Tragedia*?

Verdad es que he visto de otro color las cosas; pero aun he admirado al poeta cuya exuberancia de imaginación supo crear tan semejantes á las reales cosas que nunca viera. Lo que más me deleitó es que la *Tragedia en el Tirol* está en el Tirol prohibida, pues pensaba en las palabras que me escribiera mi amigo Moser al participar me que se había prohibido el segundo tomo de los *Reisebilder*: «No necesitaba el Gobierno prohibir el libro, sin ello aún se hubiera leído.»

En el Águila de Oro de Innsbruck, donde hospedara Andrés Hofer, y en cada uno de cuyos rincones están aún pegadas sus efigies y sus recuerdos, pregunté al huésped, señor Niederkirchner, si podría referirme aún muchas cosas del antiguo hospedero. Estuvo el viejo locuaz hasta dejarlo

(1) Suprimido por completo en la versión francesa.

de sobra, y me confió, recomendándome prudencia con la mirada, que fuera andaba ya la historia completamente impresa, pero que en el país estaba totalmente prohibida, y llevándome á un cuartocho obscuro, donde guardaba sus reliquias de la guerra del Tirol, desenvolvió, de un sucio papel azul, un librito verde ya muy usado, en el que, con admiración mía, reconocí la *Tragedia en el Tirol* de Immerman.

Le dije, no sin enrojecer de orgullo:—«El hombre que ha escrito eso es amigo mío. El señor Niederkirchner quiso entonces saber cuanto pudiera acerca del hombre, y le dije que era un hombre de pro, de complexión robusta, muy honrado y muy hábil en cuestión de escribir, hasta el punto de que muy pocos le igualaban. Pero lo que el señor Niederkirchner no quería creer es que fuese prusiano, y exclamaba, sonriendo compasivamente:— «¡Por qué no ha de serlo!» No hubo medio de disuadirle de que Immerman no era un tirolés, y un tirolés que había tomado parte en la guerra..... «porque si no, ¿cómo podía saberlo todo?»

¡Extraño capricho el del pueblo! Apetece su historia de manos del poeta y no de manos del historiador. No le gusta la fiel narración de los hechos desnudos, sino estos hechos disueltos de nuevo en la primitiva poesía de que proceden. Esto lo saben los poetas, y no sin cierta secreta malicia modelan arbitrariamente los recuerdos de los pueblos, acaso para burlarse de la pedantesca aridez de los historiadores y de los apergaminados archivos oficiales.

No me divertí poco, al ver colgada en un puesto de la última feria, en cuadros iluminados con colores chillones, la historia de Belisario, mas no con arreglo á Procopio, sino ajustada con toda fidelidad á la tragedia de Schenk.—«Así se falsifica la historia—exclamó un erudito amigo que me acompañaba;—¡nada sabe ella de esa venganza de una esposa ofendida, de ese hijo prisionero, de esa hija amorosa, y de esas explosiones de sentimiento moderno!» Pero ¿es esto realmente una falta? ¿Debe acusarse igualmente al poeta por esta falsedad? No, pues yo protesto de la acusación.

El poeta no falsea nunca la historia, él traduce con toda fidelidad su sentido aun bajo formas y circunstancias de su propia creación. Pueblos hay que sólo han transmitido su historia bajo esta forma poética, los indios, por ejemplo, y, sin embargo, cantos como el Mahabarata revelan mejor el espíritu de la historia india que ningún escribe-compendios con todas sus fechas. Desde este punto de vista me atrevería á afirmar que las novelas de Walter Scott traducen á veces con más fidelidad que Hume el espíritu de la historia inglesa; á lo menos, tiene mucha razón Sartorius, cuando en sus apéndices á Spittler considera dichas novelas como muy cercanas á las fuentes de la historia de Inglaterra.

Sucede á los poetas lo que á los que sueñan, que enmascaran en el ensueño la interna emoción que, por causas reales y externas, agita su alma, en cuanto, en vez de estas causas, sueñan otras completamente distintas, pero tan adecuadas, como si brotaran del mismo senti-

miento. Así hay también en la *Tragedia* de Immermann algunas exterioridades del todo arbitrariamente creadas, aun el héroe mismo, el centro del sentimiento, es idénticamente soñado, y aunque esta forma de sueño parece hasta quimérica, es, no obstante, conforme á la verdad. El barón Hormayr, que puede ser el juez más competente en este punto, me hizo fijar en dicha circunstancia, cuando hace poco tuve el gusto de hablarle. La vida mística del alma, la religiosidad supersticiosa, lo épico del hombre, todo lo ha expuesto Immermann con fidelidad completa. Representó fidelísimamente á aquella fiel paloma, que con el cortante acero en el pico, como el Amor guerrero, se cernía con tan heroico valor sobre las tirolesas montañas hasta que las balas de Mantua atravesaron su fiel corazón.

Pero lo que más gloria da al poeta es precisamente la fiel pintura del vencedor, del cual no ha hecho un furioso Gessler, para realzar mucho más á su Hofer; como éste es una paloma con espada, aquél es un águila con rama de oliva.

CAPÍTULO VIII.

En el cuarto de la hospedería del señor Niederkirchner, en Insbruk, veíanse colgados, unos al lado de otros, en buena inteligencia, los retratos de Andrés Hofer, Napoleón Bonaparte y Luis de Baviera (1).

La propia Insbruk es una ciudad inhabitable y aburrida. Tal vez en invierno parece algo más poética y agradable, cuando las altas montañas que la circuyen están cubiertas de nieve, los aludes producen sordo rumor y el hielo cruje y centellea por todas partes.

Encontré las cimas de aquellos montes ceñidas por nubes á manera de grises turbantes. Allí se ve la roca de San Martín, teatro de la más deliciosa leyenda imperial, y, sobre todo, la memoria del caballeresco Maximiliano vive y resuena aún en el Tirol.

En la iglesia de la corte están las tan celebradas estatuas de los príncipes y princesas de la casa de Aus-

(1) Este capítulo es el VI de la versión francesa, en la que este primer párrafo ha desaparecido, comenzando del modo siguiente:

«Sonando estaban las doce, cuando entré en Innsbrück» (sic)